# Velas, rezos y creencias

# (Más allá del mar Caribe, 2018, fragmento elegido por Juan)

Faltaba poco para volver a los barcos, era el final del verano y Buenos Aires no estaba lleno. Una tarde cuando bajó la luz y la brisa revivió las calles, Julia y yo nos sentamos en la vereda de un café.

–Tomá, prendelas en cuanto llegues al barco. Prendelas siete días empezando un domingo, son especiales para invocar a los siete Arcángeles.

–¿Una novena? ¿Estás loca? ¡No puedo encender velas en la cabina!

Si llegaran a encontrarme, no me iba a salvar ni la Hora Italiana que mi papá escuchaba los domingos, cuando le daba la segunda vuelta al tuco, que había arrancado el sábado, ni todos los tanos amigos que pudiera encontrar a bordo, ni la República de Calabria.

–Pero, nena, son chiquitas, se consumen rápido. No es una novena. Son siete días. Haceme caso.

–Ahora sí es más fácil… ¡Solo siete días! ¿Te imaginás la energía estancada que debe haber en las cabinas, sin ventanas para ventilar? ¿Te imaginás cuántas generaciones desde que el barco tocara por primera vez agua? Pongamos tres sentimientos nada más: bronca, angustia nostalgia, aglomerados desde su botadura, ¿cuánto tiempo puede llevarle a una vela consumirse? Si la prendo, dejo la cabina y me descubren; me echan. Esto sin contar el peligro de incendio… –Una imagen de dibujo animado cruzó mi mente: el típico barquito con dos velas en el mar, fósforo, llamas, el barquito que se vuelve esqueleto, y cenizas que caen al agua.

–Hacelo cuando estés en la cabina, prendelas en el medio, lejos de paredes y muebles.

En el contrato anterior había prendido inciensos, había convencido a mi compañera de cabina. Abby era de Londres, primera generación de una familia que había llegado de Irán. Una tarde llegué enojada conmigo misma, cansada de repetir las mismas situaciones una y otra vez. En cuanto escuchó la puerta me saludó desde el baño, con esa forma suya que parecía un canto más que un saludo. Me contó su día, preguntó por el mío. Salió del baño dejando la nube de spray atrapada en el baño, sacó una camisa del armario, dudó entre dos pares de zapatos bajo el escritorio y después de mirarse en el espejo, volvió al baño por más spray.

–Abrieron un nuevo lugar en puerto de comida hindú, tenemos que ir.

No me gustaba la comida hindú, pero no era importante. Odiaba el spray que me entraba por la garganta, tampoco era importante. Lo importante era que no paraba de hablar, ni de moverse, que se iría en dos minutos, todavía hablando por el pasillo mientras se ataba un collar y yo tenía que pedirle permiso:

–¿Puedo abrir tus cajones? Nada raro, quiero limpiar la energía y necesito pasar un incienso por todos los rincones de la cabina.

–¡Nolly! ¿Estás loca? Va a sonar la alarma de incendio…

–No, no te preocupes, ya lo hice antes.

–No podemos hacer eso, no está permitido.

–Lo sé, pero lo hice antes, no pasa nada.

–Nolly, yo soy la entrenadora corporativa, yo instruyo a la tripulación sobre las reglas. No podemos hacer esto, Nolly, el reglamento dice…

–¡Abby! –grité.

Me di vuelta, respiré profundo un par de veces.

–Disculpame. Fue un día largo en el *gift shop*. O me tiro por la borda, o mato a alguien, necesito encender un incienso y meditar. Vos igual no vas a estar, si pasa algo, que no va a pasar, podés decir que no sabías nada.

–Sí, pero…

–Abby… Puedo abrir tus cajones ¿sí o no?

Abby se quedó callada mirándome:

–¿Puedo quedarme con vos?

Su pedido me sorprendió y a la vez me calmó.

–Voy a rezar en castellano, en voz alta, ¿te molesta?

–No. ¿A vos te molesta que yo también rece?

–No, al contrario.

Para engañar al detector de humo, subí el aire acondicionado al máximo, encendí un incienso, y después de santiguarme recorrí, pausadamente, cada rincón de la cabina. Giraba el incienso de izquierda a derecha mientras iba abriendo puertas y cajones, y rezaba Padrenuestros uno detrás del otro sin parar, uno detrás del otro. Al llegar a la mitad de la cabina, recé el último, me senté en el suelo y esperé a que Abby terminara sus oraciones. Nos quedamos un rato en silencio mirando el humo.

–Qué paz –dijo Abby.

–Qué paz –repetí–. ¿En qué rezabas?

–En farsi.

–Tu familia ¿sigue las tradiciones de Irán?

–En lo que se refiere a religión, sí. En lo cotidiano somos londinenses, cosmopolitas, sobre todo mis hermanas y yo.

Nos quedamos en silencio un rato.

–Nolly, tenemos que hacer esto más seguido.

–Sí, tenemos que hacerlo más seguido.

Lo del incienso era fácil. ¡Pero velas! Eso ya era otra cosa.

Las envolví en nylon con burbujas y las metí en la valija. Mi primera *room mate*, Miranda, era de Trinidad y Tobago, andaba cerca de los cincuenta y solo dejaba la cabina para ir a trabajar. Nunca bajaba a puerto, comía en su cama lo que sacaba a escondidas del *mess*, y ahí pasaba el tiempo libre con el televisor encendido, siempre. Una noche, no sé cómo, me contó su historia:

–Hacía mucho tiempo que me había separado. Y ya sabés lo difícil que es para una mujer sola sacar los hijos adelante. Sobre todo cuando llegan a la adolescencia: las compañías, los falsos amigos con promesas de plata fácil, andar atrás para que estudien, para que trabajen… No tenía tiempo para amoríos. No tenía, y no me interesaban. Pasaron los años, ya mis hijos eran hombres, un día entré en una oficina pública… –Cambió el tono de su voz, se hizo suave–. Fue verlo, Nolly, nada más, me enamoré como una colegiala.

Miranda sonreía, yo la observaba, le brillaban los ojos. Nos quedamos calladas, apagué el televisor. Miranda se puso seria:

–Mi familia no lo sabe todavía, no sé cómo lo van a tomar.

–¿Por qué? Tus hijos ya son grandes.

–Porque es negro.

–No entiendo… ¿Cuál es el problema de que sea negro? –Y pensé, pero no me animé a decirlo, si vos también sos negra.

–Y… No lo van a aceptar. Yo nunca estuve con un negro, siempre nos mantuvimos entre nosotros, entre hindúes.

–¡Sos hindú!

–Sí, ya sé lo que pensás, me lo dijeron varias veces, pero soy hindú.

–Esperá, no mezclemos religiones. Vos estás diciendo que los orígenes de tu familia están en la India.

–Sí, pero de religión no somos hindúes, somos musulmanes.

–¿Y él?

–Protestante. ¿Te das cuenta, Nolly? No solo es negro, también es protestante.

Miranda era buena, y no era poco en los barcos, pero el olor a frituras, el ruido del televisor, que jamás abandonara la cabina, hacían que las paredes se me vinieran encima. Cuando la compañera de Olga terminó su contrato me pasé con ella, fue un domingo a las siete y media de la mañana. Tenía una hora para mudarme. A las ocho y treinta debíamos estar en el *gift shop* para los *stores*, el día anterior habíamos trabajado hasta las dos de la mañana. Abrí la puerta despacio y escuché un clic. Olga encendió la luz.

–Bienvenida, Noelia –dijo con su voz suave.

–¡Olga! ¡Qué hacés despierta!

–Dormí bien, te esperaba para ayudarte.

Su cabina, ahora nuestra, irradiaba paz. Estaba todo ordenado. Ni ropa sobre la silla ni zapatos desparramados sobre el suelo. No había hebillas, ni aros, ni portacosméticos, ni cepillos, ni papeles, ni lapiceras, ni tickets de compras, ni vasos descartables de café a medio tomar bordeando el televisor sobre el escritorio, como en las otras cabinas. Olga tenía sus trucos y aprovechaba cada rincón. Al llegar se deshizo de toda la mugre que ocupantes anteriores arrumbaron contrato tras contrato sobre el armario. Manuales, chalecos en mal estado y gorras inmundas las devolvió al *Safety Officer*. Tiró pilas de hojas con horarios de entrenamientos y regulaciones. Olga limpió la parte superior del armario con alcohol y la convirtió en un estante. Ya no tenía que decidir lo que quería antes de subirse a su cama, todo tenía un lugar específico. Como debajo de su cama estaba la cajonera y Olga quería ganar el espacio debajo del escritorio, encontró un lugar que a cualquiera se le hubiera pasado por alto. Un diminuto espacio entre las camas y el armario. Metió mi valija chica en una bolsa de basura, la guardó dentro de la grande y las apiló sobre las suyas. Olga empujó las valijas y escondió la escalera.

–¿Y cómo te subís?

–La coloco, me subo y desde la cama la vuelvo a guardar. Y ahora que me mudé abajo, te va a tocar a vos.

Este orden daba amplitud a la cabina, parecía mucho más grande que las del resto. No se me venían encima las paredes, pero… ¿Podría convivir yo en ese orden?

En su cabecera había un altar lleno de estampitas: a pesar de sus gestos rígidos, típicos de los cristianos ortodoxos, sus aureolas tan doradas me fascinaban. Podía entenderme con ella y encender velas, solo en esa época comenzó el inventario: trabajábamos en puerto separando y contando mercadería, después abríamos el *gift shop* en sus horarios de siempre.

No quedaba mucho tiempo para prender y vigilar velas.

Oficialmente mi *roomie* se llamaba Volha; sus padres, cuando nació, quisieron llamarla Olga. Eran de Bielorrusia, que formaba parte de la Unión Soviética, y la traducción obligatoria al ruso era Volha.

–Pero no me gusta que me llamen así.

–Muy bien rusita, entendido.

–Muy bien, españolita.

–No soy española, hablo español, digamos.

–Yo no soy rusa, soy de Bielorrusia, puedo hablar ruso porque fue obligatorio en mi país, pero mi idioma es el bielorruso.

–No te enojés. No es más que una mala costumbre argentina. Una vez le contaba de los barcos a un amigo en Buenos Aires y le dije que había un rusito, un rusito de verdad, de Rusia, no como vos, que sos judío. ¿Ves? Nosotros llamamos rusos a los judíos, gallegos a los españoles, chinos a los japoneses.

–Qué raro –dijo con su voz suave–. ¿Por qué?

–No sé, supongo que tiene que ver con las inmigraciones.

–¿Y nadie se enoja?

–Nosotros, no, pero los abuelos, sí. Tenía un amigo armenio y lo llamábamos El Turco; la abuela se ponía loca… No era para menos, cuando los turcos arrasaron su pueblo, le pegaron un tiro en la cabeza que la desmayó, se salvó porque la dieron por muerta.

–¿Y entonces por qué te molesta cuando te llamo española?

–No me molesta, me desconozco; mi papá y tres de mis abuelos son italianos, a veces me llaman tana, que quiere decir italiana. No le digas a los chicos italianos.

–En mi país, si llamás a un bielorruso, ruso, podés terminar muerto.

La convivencia con Olga era tan armónica como cohabitar un espacio tan chico lo permitía. Olga siempre se levantaba antes que yo y se bañaba. Yo lo hacía por la noche, no solo era costumbre, también lo hacía para limpiarme la energía del *gift shop*. Si yo dejaba la escalera contra la cama, Olga la escondía en el lugar establecido, y si dejaba el uniforme en una percha enganchada en la puerta del armario, Olga tenía dos problemas: mi uniforme a la vista y la puerta del armario entreabierta.

En los *breaks* del *seaday*, camino al *mess* desde el *gift shop*, saboreaba la zambullida en la cama para encontrarme con la sorpresa de buscar la escalera. Eran unos minutos nada más, pero todo estaba cronometrado en el *seaday*. Diez minutos en el ascensor, veinte en el *mess*, diez en el baño, cinco para poner y sacar la escalera, solo quedaban quince en la cama… ¡y cinco minutos más en el último *seaday* eran una siesta!

Esto, si el *break* duraba una hora, si era de cuarenta y cinco minutos, el almuerzo se reducía a ocho, atropellando en la cola del buffet al que dudaba. Era el mismo menú que el día anterior, que el día anterior al anterior, era lo mismo de siempre. ¿Qué tenía que pensar tanto? Y si necesitaba pensar, ¿no lo podía hacer fuera de la fila? Excepto músico o bailarín, todos corríamos en el *seaday*.

Lo mismo que con la escalera me pasaba con el uniforme: mi primer pensamiento no era que Olga lo había puesto en el armario, sino que yo estaba tan loca que había creído colgarlo afuera, pero no lo había hecho.

Por aquellos días, llegó un gerente belga con una asistente rumana. ¿Por qué llegaba con una asistente?, si ya teníamos dos: Janica, la novia polaca del *Hotel Director*, y Judd, rumano. La asistente era la novia del belga; enseguida se le acercaron sus *paisanas*, que, por cierto, ya habían hecho migas con Judd. El nuevo club: Belga *& friends*, se acomodaron como quisieron, hasta el sudafricano vago, novio de una. El más preocupado era Judd.

Olga era rubia y de ojos celestes, blanca como el invierno sin fin del que venía. Por las mañanas se maquillaba tan delicadamente, que daba un aspecto natural como si así se hubiera despertado, también se arreglaba el pelo, desayunaba en el *mess*, y pasaba por el *coffee shop* a comprar café para ella y para mí. Yo los compraba por la tarde.

Yo me levantaba con el tiempo justo para vestirme y no pasaba por el *mess*. Un minuto tarde en el *gift shop* y perdías la noche libre. Tenía café.

–Nolly –dijo Olga casi en un susurro entregándome el café mientras esperábamos a Hans–, vos tenés una belleza natural, pero deberías levantarte más temprano y realzarla. Un poquito nada más de maquillaje. ¿Sabés por qué lo hago yo? El día va a ser muy largo, ya trabajamos con algunos monstruos, para qué agregar más fealdad al día.

–¿Vos? –Me reí–. Con esa cara hermosa que tenés, Rusita, ¿a quién podrías asustar? A vos te manda mi mamá, que si me ve así, se muere. Hoy es *seaday*, Rusita, y mañana también. Es media hora menos de sueño a la mañana y veinte minutos a la noche para sacarme el maquillaje. Los demás días, cuando comenzamos por la tarde, ¿tenés algo que decir?

–Muy bonita –dijo en castellano.

–¡Muy bien, Rusita! Ya que te gustan los castaños, tenés que seguir aprendiendo castellano, te venís a Argentina y vas a ver, te vas a poner de novia en cuanto pises el aeropuerto.

–¿En serio, Españolita, hay tantos hombres castaños?

Me reí:

–La mayoría, Rusita, como yo, la mayoría somos castaños.

–Qué extraño, voy a ir a visitarte.

Hans comenzó su *meeting* motivacional:

–Esta semana no va a haber noche libre para nadie, los números no dan, necesitamos el equipo completo. Al que no le gusta, que se queje a Miami. –Hans se calló y estudió nuestras reacciones.

Belga *& friends*, solo los *friends*, gimieron; los demás, inmutables. No había en nuestras caras ni un gesto de desafío ni de sumisión.

–Esta semana –continuó Hans–, vamos a probar algo distinto. –Me miró, levantó un poco la cabeza, y señaló hacia afuera, volvió a mirarme y a levantar la cabeza como si quisiera sacar del local a un perro callejero.

–Las mesas –dijo Hans.

Yo odiaba preparar la mesa de los relojes. Primero había que separar los modelos de hombre de los de mujer. Dorados de un lado, plateados del otro, dos tonos en el medio, en cada grupo separados a su vez, pulsera de cuero, de pulsera de goma. Pulsera con cerámica o sin cerámica, con cristales o con diamantes. Juntos los que tenían cronómetro, los que tenían calendario perpetuo, los que tenían radio control…

Ahora bien, el plateado con cerámica, diamantes y cronómetro, ¿dónde iba? ¿Y el radio control con pulsera de goma?

Variaba según cada contrato, variaba según cada comunicación del Ulises de turno, variaba según el stock. La supervisión posterior de la mesa variaba según el asistente, según el relojero, variaba según el barco y la comunicación o entrenamiento en que se habían quedado.

Quedó establecido: la mesa de los relojes la hace Noelia.

Otras tareas requerían más trabajo físico, por ejemplo, llevar las cajas llenas de remeras de la sección de Luz María al *locke*r, una cubierta debajo de la isla de flotación, por escalera. Si yo no alcanzaba a rodear el perímetro de las cajas con mis brazos, Luz María, que era más baja, menos. Mucho después, el *Safety Officer*, que nos observó a Luz María y a mí varias veces, exigió al *gift shop* que reemplazaran las cajas. No solo por el diámetro, sino también por el peso.

–Noelia, llevá las cajas al depósito –decía Hans–, y vos, Gloria, que no tenía experiencia en la joyería, pero era parte de Hans & *Friends,* cubrí la joyería.

Con el tiempo se le escuchó a Hans decir: necesito una que cubra la joyería y otra que lleve las cajas al *locker*. ¿Cómo preferís que nos repartamos el trabajo?, era mi respuesta.

Meses más tarde, terminó en un: Noelia, encargate de la joyería, y vos Gloria de las cajas.

Esa no era mi batalla. Había llegado a los barcos para juntar un dinero que nunca junté, porque los sueldos y las comisiones fueron mucho más jugosas al momento de ser presentadas, que después de firmar los papeles, porque el dinero lo gasté y porque conocí lugares que jamás hubiera imaginado conocer.

Como fuera, yo me había prometido en Buenos Aires que, viera lo que viera, pasara lo que pasara, no la jugaría de Guillermo Tell, como me llamaba mamá cuando era chica. Lo hice bastante bien durante unos cuantos contratos. Hasta la noche del último *seaday* en que una de las rumanas del Hans *& friends*, justo después del entrenamiento que había enviado el Ulises de Recursos Humanos de Miami, sobre los nuevos códigos de convivencia en el *gift shop*, le gritó a Luz María, por no apurarse. Urgentemente, había dicho Ulises. Y esa noche, entre dos *seadays*, nos habíamos quedado cuarenta y cinco minutos más en el *gift shop* para cumplir con el entrenamiento. Tanto le gritó la rumana a Luz María que la hizo llorar. No lo pensé, fue en acto reflejo que caminé hecha una tromba a la oficina; antes de entrar, respiré: ¿Podés sujetar las lenguas de algunas de nuestras compañeras? –Sonreí de oreja a oreja, nadie podía creer en esa sonrisa–. No creo que sea parte de nuestros nuevos códigos, como bautismo, hacer llorar a una chica nueva en su primer contrato.

Terminó el inventario al mismo tiempo que el contrato de Olga y llegó Luz María a la cabina. Más bien lo negocié. Luz María, como toda nueva, dormía en la litera superior, para mudarse conmigo, solicitaba la cama de abajo. Era un punto difícil, la única razón por la cual yo esperaba la ida de Olga era su cama. Yo me levantaba al baño en el medio de la noche, además, estaba el tema del cabezal, si me olvidaba el reloj, aritos, perfume, libro antes de bajar, tenía que treparme de nuevo. Luz María era de buena madera. Entregué la cama. Era de Lima, pero traía toda la paz de Machu Pichu, sus modos lentos me calmaban o exasperaban según me ganara la Metafísica o el apuro porteño.

Una noche, después del trabajo, sentada en mi silla mientras leía los mails, Luz María comenzó a contarme un sueño que había tenido. Distraídamente, con algunos datos sobre lo que Luz María me había contado de su historia y lo que había pasado en el día, di mi interpretación, indiscutiblemente, no autorizada. La noche siguiente, no sé cómo, hablamos de nuestros miedos, después debatimos sobre la muerte, y de ahí pasamos a fantasmas:

–Luz María, vos sabés que nosotras vivimos arriba de la morgue, ¿no?

–¿Morgue? Aquí no hay morgue.

–¿Cómo que no hay morgue? ¿Dónde creés que dejan a los que se mueren en viaje? ¿En la cabina con los parientes o en el freezer del *mess*?

En ese momento golpearon la puerta y Luz María se golpeó la cabeza con la varilla metálica de la cortina de la cama.

Era Gloria:

–Chicas, ¿tienen hilo negro para prestarme?

–¿Tú sabes que aquí abajo está la morgue? –le preguntó Luz María, a pesar del dolor del golpe, más le dolía la novedad, necesitaba confirmación de Gloria que era una broma mía.

Gloria, una rumana que había aprendido castellano viendo telenovelas en su país, comenzó a tartamudear al tiempo que palidecía. Ya de por sí, parecía salida de una película de vampiros, se teñía el pelo bien negro, se maquillaba la cara con polvo muy blanco sin rubor y sombra negra hasta rozar el párpado superior, así y todo, palideció:

–La, la, la… ¿Mor… gue?... Tú te te refieres…, te refieres a ese lugar… –No terminaba más la frase.

–Donde guardan a los muertos hasta llegar a puerto –completé.

–¿Y dónde tú dices que se encuentra? –Gloria amagó para sentarse al lado de Luz María, al tiempo que Luz María le hacía lugar en su cama, ninguna de las dos me quitaba los ojos de encima.

–Acá abajo –dije–. Justo abajo de nuestra cabina.

–¡Ah! –Gloria se tranquilizó.

–Es un tema preocupante, cuando los espíritus comiencen a ascender van a pasar primero por tu cama, Luz María, como la mía está más arriba… ¿No querés cambiar de cama? –me reí.

–Te ríes como bruja –dijo Gloria.

–Como Cruella De Vil, dicen mis sobrinos. Pero volvamos al tema que nos ocupa. Yo en tu lugar no me quedaría tan tranquila, Gloria. –Me callé, me puse seria, las dos esperaban que hablara–. No sabemos si cuando el espíritu deja el cuerpo y asciende… –Acompañé mis palabras moviendo las manos lentamente hacia arriba.

–¿Qué? –interrumpió Gloria.

–Lo hace verticalmente. –Repetí el gesto, señalando esta vez la cabina de Gloria–. O si lo hace oblicuamente.

–¡Ya cállate, Noelia! –gritó Luz María.

–¡Eres una bruja! –gritó Gloria.

–Gracias. Las brujas eran mujeres sabias.

Hans abrió su *meeting* con la misma cantinela de siempre: que los números no eran buenos y bla, bla, bla… De repente se calló y la miró a Luz María:

–¿Por qué me mirás con una sonrisa?

Todos nos quedamos mudos:

–Lo siento, me disculpo por ella –dijo Pavel–, es que es nueva y no sabe que no sonreímos, ni nos tratamos amablemente.

Cuando los joyeros del Hans & *friends* terminaron sus contratos, Hans probó a todo el mundo en la joyería, un pasajero o el perro imaginario que echó esa noche, le hubieran dado lo mismo. Después envió a Judd a hacer el trabajo sucio.

–Tengo una excelente noticia –dijo Judd con una enorme sonrisa de tiburón.

Esperé en silencio.

–Tú sabes, mi amor, que yo te quiero mucho y haría cualquier cosa por ti –dijo en castellano y después continuó en inglés–. Fue una negociación muy difícil, me costó mucho convencer a Hans, pero bueno, si yo puedo hacer algo para ayudarte… ¡Volvés a la joyería!

–Judd, yo te agradezco que hayas hablado por mí, espero no te traiga consecuencias –dije, casi creyendo mis palabras–. Hans dijo que mi desempeño era mucho mejor en las mesas que en la joyería, ¿para qué cambiar ahora?, no quisiera terminar mal el contrato.

Judd se quedó sin palabras, no supo qué agregar, me sorprendió, no era fácil dejar a Judd sin palabras. Media hora más tarde apareció Hans:

–Yo no te saqué de la joyería porque fueras mala, al contrario, creo que sos buena. Pero pensé que serías mucho mejor en las mesas y me lo demostraste. Ahora no tengo nadie competente para la joyería y te necesito adentro.

En mi segunda noche, noche formal, noche de poco tránsito en el *gift shop*, entró una pareja antes de la hora de cierre. Vendí la pieza más valiosa de toda mi carrera: un anillo de diamantes con un corazón tallado en el centro por valor de 12.630 dólares. Urgentemente, exigió Ulises explicaciones. Qué hacía una empleada que llevaba más de cinco años en la empresa, una empleada con cuatro años de experiencia en la joyería, capaz de vender una pieza tan importante en la *formal night*, trabajando el contrato entero en las mesas.

Luz María insistía en consultarme el significado de sus sueños. No satisfecha con los suyos, me contó los de su novio, mejor dicho, me contó lo que recordaba de lo que su novio recordaba de sus sueños.

–Luz María, estamos haciendo un *fast food* del psicoanálisis, Freud se debe estar revolcando en su tumba mientras nos escucha. Si se enojara… podría llegar a comunicarse con alguno todavía fresco en el piso de abajo.

–Cállate, Noe, anoche casi me muero de miedo, se me resbaló la puquita y no me atreví a bajar el brazo para levantarla.

–¿Se resbaló? A lo mejor la jalaron…

–Cállate ya.

–Luz María, soy yo, ¡Noelia!, ¡tu compañera de cabina!, la que no quiere abrir una cuenta en Facebook para no ver lo que hace un tipo que hace meses se olvidó de ella y después te pide que lo espíes a vos, ¿te das cuenta?

–Tú me inspiras confianza, no me pasa a menudo. ¿Quién no ha perdido la cabeza por un hombre? ¿Cuántas veces lo hemos espiado? Dos. Tú tienes sabiduría. Alguna noche te desesperas un poco, pero tú misma encuentras el camino leyendo o trepándote a los bancos del *open deck* a mirar la noche. Tú sabes cómo hacer tu camino de la desesperación a la paz, y eso… eso es muy importante. Además, te importan los demás, eso también es importante. Entonces, chicoca, no me distraigas, déjame que te cuente mi sueño antes de que me olvide. Tú sabes que yo soy como la pescadita amiga de Nemo, enseguida me olvido.

–¿No preferís que tiremos el I Ching?

–No, me gusta cuando relatas.

Luz María se sentaba en su cama y yo en la silla que Olga había ganado en el amigo invisible de Navidad y me había dejado en herencia. Era una silla de camping con antebrazos y hasta una red para apoyar una taza, era perfecta. No tenía que trepar a mi cama si solo contaba con diez minutos para descansar, me sentaba y colgaba los pies en la escalera que nunca más escondimos desde que Olga dejara el barco. Además, podía vestirme sin tener que torcer la cabeza para no pegarme contra el techo, o, lo que era mil veces peor, la vara metálica que sostenía la cortina. Entonces escuchaba. Cuando terminaba mi interpretación, Luz María se quedaba pensando, rumiando mis palabras, y después, invariablemente, agregaba:

–Eres buena, chicoca.

–Sí, por eso a los treinta y nueve años estoy trabajando en un barco.

–Eres muy buena. Estamos perdiendo plata. Eres mezcla de maga, psicóloga y bruja, chicoca. Solo tengo que comprarte una túnica, yo seré tu secretaria, tú atiendes, ahí mismo en esa silla. Estamos perdiendo plata.

Al domingo siguiente me decidí. Era hora de comenzar la novena de siete días. Lo hacía ese Miami o nunca. Afuera era domingo, en el barco era Miami, así contábamos los días en el barco: Miami, *seaday*, Belize, Isla Roatán, Gran Caimán, *seaday*, *seaday*; y si el crucero no era de siete días, era difícil saber el día si no registraba en un almanaque.

Afuera era domingo, era día de reunirse alrededor de un gran asado o una buena raviolada, día de sobremesas de tres horas con varias rondas de café y torta, día de siestas, de jugar al truco o caer en la casa de un amigo que estaba haciendo lo mismo.

En el barco, en cambio, después de dejar el *gift shop* a las dos de la madrugada, hubieran o no hubieran llegado los *stores*, había que presentarse en el *gift shop* a las ocho treinta de la mañana. Con suerte, terminaríamos de ordenar la mercadería entre las doce y las dos de la tarde, tres cuarenta y cinco *bow drill*, seis y veinticinco, cenados, nuevamente en el *gift shop*. En el medio quedaba ducharse, elegir entre salir a puerto o dormir, arreglarse, y encontrar un momento para prender una vela y rezar una oración. –En realidad, dos: una para el Arcángel y otra para que la vela se consumiera antes de dejar la cabina–: Si es posible, había dicho Julia, todos los días a la misma hora.

Pobre Julia, ¿qué sabía de los barcos?